



MIÉRCOLES SANTO 2021

*Texto pronunciado en la Parroquia de Omnium Sanctorum
el Miércoles Santo 31 de marzo de 2021, sede de la
Hermandad Carmelita de las Maravillas de María y cofradía
de nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Paz y Nuestra
Señora del Carmen en sus Misterios Dolorosos*



**MEDITACIÓN ANTE NUESTRO PADRE JESÚS
DE LA PAZ Y NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN
EN SUS MISTERIOS DOLOROSOS**

José Ignacio del Rey Tirado

1.- LA PRIMERA NEGACIÓN DE PEDRO

Buena estación, hermanos. Buena estación Hermandad Carmelita de las Maravillas de María y cofradía de nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Paz y Nuestra Señora del Carmen en sus misterios dolorosos.

Gracias al señor Hermano Mayor y a su Junta de Gobierno por este privilegio concedido a mi persona: poder realizar estación penitencial junto a vosotros, en vuestro día más sagrado. Si hay un día en que la Hermandad se cierra en sí misma para mostrarse al mundo, el día en que a los extraños solo nos está permitido veros discurrir ejemplarmente por las calles de nuestra ciudad, resulta inimaginable para un cofrade poder traspasar el santa sanctorum de vuestra parroquia en una tarde como esta.

Poder entrar en este santuario de fe carmelitana y compartir un rato de Miércoles Santo. Gracias. Porque hoy sí vamos a hacer estación de penitencia. Estamos en el lugar sagrado donde nuestros recuerdos y nuestra melancolía se reencuentran cada tarde de Miércoles Santo. Nuestros recuerdos, anhelos, deseos, promesas, realidades, alegrías, penas, ofrendas, cargas, todo lo que en el año vamos cosechando lo llevamos con nosotros, bajo nuestro antifaz por las calles de nuestra ciudad.

Vamos a trasladarnos a las tres de la tarde de cualquier Miércoles Santo. Estamos dispuestos a atravesar las puertas de esta iglesia para volver a abrazarnos con Sevilla, a volver a llevarle la Paz de Cristo y el dolor sufriente de nuestra madre del Carmen, en camino hacia la Catedral que nos espera con las puertas abiertas. Porque sabemos que volveremos a hacerlo y porque creemos que es necesario que volvamos a hacerlo. Porque para eso fuimos, para eso somos y para eso trabajamos: para seguir siendo.

Con toda la humildad, permitidme que me revista en esta tarde santa con vosotros del hábito carmelitano. Todo preparado. Mi interior listo para realizar esta estación de penitencia. Soy un nazareno de Sevilla, y salimos desde este mismo lugar donde hace ya camino de siete siglos, los primeros, los primitivos nazarenos de Sevilla realizaron por vez primera estación penitencial a los extramuros de la ciudad. Como nazareno de Sevilla, me hermano a vosotros en este lugar privilegiado para que me permitáis acompañaros en esa estación de penitencia devocional, de contemplación de las negaciones de Nuestro Señor, por las calles de Sevilla.

Sigamos al Señor que ya sale por este dintel y gana la calle Feria hacia Trajano y Duque. Nosotros, al igual que Pedro y el discípulo, le seguimos. Somos sus amigos, vamos con Él. Por delante ya ha salido la cruz de guía, señal que somos cristianos con ese mensaje de paz que brilla como oro bajo la luz del sol: *“La Paz os deajo, mi paz os doy”*¹ Luego, entre los nazarenos, el Senatus bordado de terciopelo y su águila imperial cincelada en plata, la bandera de Cristo de seda morada, el libro de Reglas y las bocinas ante el paso de Nuestro Señor de la Paz. Seguimos al Señor junto a Pedro y al otro discípulo. De hecho, lo hacemos público, vamos con Él, se nos ha visto con Él, nos identificamos con Él. Al llegar bajo las columnas de la Alameda se produce el primer encontronazo. El discípulo había conseguido convencer a la portera que dejara entrar a Pedro y nosotros con él. Cuando estábamos entrando ella dijo: *“¿No eres tú también uno de los discípulos de ese hombre? Pedro le respondió: No lo soy”*².

La primera negativa va de suyo. Ha sido automática, inconsciente, sin pensar. Más dictada por la prudencia que por la consciencia. Lo lógico era negarse, no hubiera sido inteligente admitir que somos sus amigos... con la que está cayendo. Pero es la peor, porque es a la que no damos importancia, la negación tolerable, total, yo tengo mi intimidad, no tengo por qué dar cuentas a nadie en una sociedad que alardea de la libertad individual. Pero esta primera negación es esencial porque niega el propio ser cristiano de nuestra vida. No soy discípulo. ¿Cómo no vamos a ser discípulos si nos han visto con Él? Hemos frecuentado cultos, besapiés y besamanos (ahora veneraciones), asistimos a montajes, conferencias, cursos formativos, salimos de nazareno, acólito o servidor, formamos parte de su Hermandad, somos uno de ellos. Vestimos nuestra túnica con devoción y respeto en un rito reiterado año tras año, tal como lo hemos aprendido de otros. ¿Cómo podemos negar lo que somos? ¿Por respeto humano? ¿Por no discutir? Total ¿Qué más da? No habría tres negaciones sin la primera, la más fácil, la que menos importancia tiene, pero la más trascendente pues una vez hecha ya no hay vuelta atrás en la negativa, se ha abierto la puerta del abismo.

Somos de Cristo, su paso procesional nos lo proclama. Vamos por Sevilla alardeando de sus logros. Esas cartelas que flanquean el paso, nos recuerdan su bautismo con agua y con el Espíritu Santo que bajó sobre El declarándole el Hijo amado y a nosotros con Él³. O el encuentro con la samaritana, dignidad de mujer a través de los ojos del nazareno, sed de vida eterna que solo puede colmarse en el pozo profundo de la sabiduría del maestro⁴. O la

¹ Jn 14,27

² Jn 18,17

³ Mt 3,13-17; Mc 1,9-11; Lc 3,21-22; Jn 1,29-34

⁴ Jn 4, 5-42

escena del dinero del César, que nos recuerda de quien somos ¿de Dios o del César? ¿A dónde se encaminan nuestras ansias, nuestras alegrías, nuestros afanes diarios?⁵ La predicación en el templo de la verdadera palabra de Dios, que nosotros proclamamos cada domingo en nuestros altares, la expulsión de los mercaderes, que convirtieron la casa de Dios, la Fe y la Religión en un negocio y en todo lo menos parecido a lo que significa el amor de Dios⁶. Vamos con el Señor, acompañándole con nuestro cirio o nuestra cruz, con nuestro cirial o nuestra vara. La escena de Jesús en la casa de Marta y María, donde debemos decidir si somos Martas activas en un mundo no sobrados de manos para servir o Marías, que antes de hacer nada nutren su Fe de la contemplación del Señor y de su palabra, eterna disyuntiva del ser cristiano⁷; o la pesca milagrosa, que nos lleva a pensar cuántas veces lanzamos las redes, no en nombre de Cristo, sino en nuestro propio interés y no pescamos nada. Cuántas veces le decimos a los demás que aquel hermano o aquel grupo son terreno infértil y que no hay nada que hacer con ellos, y luego llega el Señor, nos ordena lanzar las redes y sacamos pesca para alimentar a todos nosotros⁸; o la escena de la mujer adúltera, cuando suena esa maravillosa frase del Señor de la Paz: “*Yo tampoco te condeno*”⁹; o la enseñanza de que hay que ser como niños para entrar en el Reino de Dios¹⁰, o la Resurrección y la Santísima Trinidad. Gritos mudos del paso de Nuestro Padre Jesús de la Paz que catequizan, enseñan y proclaman que por eso somos amigos de Cristo, por eso le seguimos y por eso vamos con Él.

Y con estas escenas, la de nuestros santos más cercanos, quienes nos recuerdan que la negación de uno mismo no es una opción, o por lo menos quedarnos en ella, reiterarnos en el error no es aceptable. Al sevillano modo se puede salir del pecado y brillar con luz eterna de salvación y alegría. El buen Rey Fernando, guarda de esta ciudad; San Hermenegildo, San Isidoro, San Leandro, Santas Justa y Rufina glorias de nuestra diócesis; Santa Ángela de la Cruz y Madre María de la Purísima (la entrega a los pobres por encima de todo), María Dolores Márquez y la acogida siempre a los niños, Miguel Mañara el apóstol de la caridad en nuestra ciudad, negándose a sí mismo por servir a los pobres y el Beato Marcelo Spínola.

La primera negación está consumada. Cuando Judas llegó al huerto acompañado por una turba numerosa para detener a Jesús, Pedro se despierta. Su primera reacción es la de tomar la espada lleno de ira. Se dispersan los discípulos. Juan y Pedro permanecen juntos y hablan con agitación sobre los

⁵ Mc 12, 13-17

⁶ Jn 2, 13-25

⁷ Lc 10, 38-42

⁸ Lc 5,1-11

⁹ Jn 8, 1-11

¹⁰ Mt 18,1-5

hechos. Juan debió proponer acudir a la casa de Caifás donde sabían que estaba Jesús. Y van allí. ¿Para qué? Ni ellos mismos lo sabían muy bien. Al menos pueden acompañarle lo más posible. Su irreflexión bienintencionada les lleva a ponerse en una situación peligrosa. Juan marcha a conseguir un permiso para entrar en el atrio del palacio del pontífice, Pedro permanece en la puerta. En lugar de callar es indiscreto y habla con aquella mujer, la cual, era curiosa y percibe tanto el nerviosismo y agitación de Pedro como su inconfundible acento galileo. Pedro no piensa que el hombre es esclavo de sus palabras y dueño de sus silencios. La primera negación es fruto de imprudencia y de irreflexión. Juan habla con la portera y garantiza la personalidad de su amigo. La portera abrió la puerta al desconocido con una cierta desconfianza. Le nota nervioso y huidizo. Y decide no perderle de vista.

Ya hemos negado una primera vez. Hemos negado nuestro propio ser. Por eso en esta tarde es necesaria hacer nuestra estación de penitencia, por todas las veces que hemos negado nuestro propio ser cristiano. Por todas las veces que no hemos sido fieles a la palabra de Cristo, a su mensaje y a sus enseñanzas. Permitidme que me revista con vosotros del hábito carmelitano¹¹. Que una vez preparado mi interior para realizar la estación penitencial, venciendo calor, frío, hambre y sueño, me enfunde la túnica o sotana blanca de gabardina, blanca como la túnica de Nuestro Padre Jesús de la Paz, blancura de Paz y de ausencia de mancha, como su Bendita Madre. Blancura que tras esta tarde de ausencias nos encargamos de llevar a los demás, con un “paz a vosotros” que sirva de luz entre este tiempo de incertidumbres y miedos. Blancura alegre de calle Feria, de gozo carmelitano de ser cristiano. Dejad que me ciña el cingulo marrón y blanco entrelazado, siempre cayendo sobre el lado izquierdo; Que me proteja con la capa marrón, blasonada con el escudo bordado de la Hermandad sobre el brazo izquierdo. Esencia carmelita de humildad y de una forma particular de ver la vida. La vida en marrón carmelita es una vida de entrega y servicio, desde la alegría de la santidad, desde la luz de la salvación, desde *Omnium Sanctorum* un grito recorre la espina dorsal de la ciudad cada Miércoles Santo: no hay negación posible ante el amor de Dios. Permitidme enfundarme el antifaz y el escapulario de sarga marrón. Que luzca vuestro escudo y esas tres estrellas que iluminan y guían nuestra singladura en los amorosos brazos de Nuestra Señora del Carmen. Con humildad vistamos nuestra túnica en esta estación de penitencia, en cualquier estación que hagamos en el futuro, como si fuera la última estación de nuestras vidas. Sentiros receptores de la túnica como si la hubiera preparado amorosamente vuestra Madre, la Virgen del Carmen. Si ella misma os la hubiera entregado y os haya ayudado a revestiros de ella.

¹¹ Regla XXXIV

Porque su promesa sigue incólume: todo aquel que porte un escapulario y estuviera en estado de gracia, no pasara por el fuego del infierno.

Revestirse la túnica es acompañar a nuestros Titulares por las calles de Sevilla, actualizar la pasión de Nuestro Señor Jesucristo. No es un disfraz, sino una exigencia de vida. Es un vestido que representa un modo de vivir, es un traje de trabajo, de imitación de la entrega de Cristo al prójimo. Es un regalo, como el escapulario, de la Santísima Virgen, porque como Ella le dijo a San Simón Stock el 16 de julio de 1251: *“debe ser un signo y privilegio para ti y para todos los Carmelitas: quien muera usando el escapulario no sufrirá el fuego eterno”*. Es un hábito devocional como signo de nuestra consagración a la Virgen. Es nuestro uniforme de Servicio que San Alfonso María de Liguorio, doctor de la Iglesia, decía: *“así como los hombres se enorgullecen de que otros usen su uniforme, así Nuestra Señora Madre María está satisfecha cuando sus servidores usan su escapulario como prueba de que se han dedicado a su servicio, y son miembros de la familia de la Madre de Dios”*.

Por él refrendamos el amor y la protección maternal de María, la pertenencia a María y el suave yugo de Cristo que ella nos ayuda a llevar. Y es un signo de Hermandad, de vivir la Fe en comunidad, con el gozo de compartir y el compromiso de caminar juntos. Como el rito de imposición del escapulario, así debería ser nuestra forma de vestir la túnica: *“Recibe este escapulario (túnica) bendito/a y pide a la Virgen Santísima que, por sus méritos, lo lleves sin ninguna mancha de pecado y que te proteja de todo mal y te lleve a la vida eterna”*.

Porque por este hábito reconocerán que somos cristianos, que pertenecemos al grupo de amigos de Jesús, que somos con ÉL y que con su Cruz encontraremos la vida como decía la santa de Ávila, y que este sea nuestro uniforme de combate frente al pecado y la muerte:

Todos los que militáis
debajo desta bandera,
ya no durmáis, no durmáis,
pues que no hay paz en la tierra.
Si como capitán fuerte
quiso nuestro Dios morir,
comencémosle a seguir
pues que le dimos la muerte.
Oh qué venturosa suerte
se le siguió desta guerra;
ya no durmáis, no durmáis,

pues Dios falta de la tierra.
Con grande contentamiento
se ofrece a morir en cruz,
por darnos a todos luz
con su grande sufrimiento.
¡Oh, glorioso vencimiento!
¡Oh, dichosa aquesta guerra!
Ya no durmáis, no durmáis,
pues Dios falta de la tierra.
No haya ningún cobarde,
aventuremos la vida,
pues no hay quien mejor la guarde
que el que la da por perdida.
Pues Jesús es nuestra guía,
y el premio de aquesta guerra
ya no durmáis, no durmáis,
porque no hay paz en la tierra.
Ofrezcámonos de veras
a morir por Cristo todas,
y en las celestiales bodas,
estaremos placenteras.
Sigamos estas banderas:
pues Cristo va en delantera,
no hay que temer, no durmáis,
pues que no hay paz en la tierra¹².



2.- LA SEGUNDA NEGACIÓN DE PEDRO

Pedro era todo un carácter. Simón Pedro, o Simón bar-Jona, pescador de oficio en el mar de Galilea, marinero de vocación, o más bien de necesidad, pues de algo había que vivir. Muy apegado a su tierra. Su lugar de

¹² Santa Teresa de Jesús

nacimiento, Betsaida, un pueblo junto al lago de Genesaret. Ejercía el oficio junto a su hermano Andrés, quien también fue apóstol. De educación limitada, había aprendido los cuatro rudimentos y, sobre todo, desde muy joven el oficio familiar de la pesca con el que se mantenían él y los suyos. Hombre de familia, hijo de Jonás¹³, tal y como le llamaba en alguna ocasión Jesús. Se había casado y vivía con su suegra en Cafarnaúm.

Siempre recordará aquel día. A la orilla del mar de Galilea se encontraban varios remendando las redes, reventadas por los picotazos de los peces en su intento de huida una vez capturados y enganchadas en los salientes del barco. Pedro estaba con su hermano Andrés comentando las incidencias de la noche y los planes de salida. De repente todo cambió. Se les acercó una persona con algo especial. Venía caminando por la ribera y se quedó mirando a los hermanos que, sobre su barca echaban la red al mar. Desde la orilla se dirige a ellos y les dijo una sola frase: “*Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres*”¹⁴. Y se alejó caminando. Como si un resorte saltara dentro de ellos, no se lo pensaron dos veces, saltaron de la barca, se miraron, aseguraron las redes y salieron tras aquel hombre. Su hermano le venía repitiendo antes de alcanzarlo: *Hemos encontrado al Mesías*¹⁵. Cuando llegaron a la altura de aquel hombre, se les quedó mirando y le dijo: “*Tú eres Simón, hijo de Jonás, pero te llamarás Cefas, que quiere decir Pedro (roca)*”¹⁶.

Desde entonces ya sabemos la historia. Se incorporaron al grupo estable de discípulos. Pedro por su carácter fuerte y decidido, quizá también por edad y estatus familiar, enseguida ejerció de líder natural entre ellos. Los demás le buscaban para que le hablara al Maestro cuando hacía falta cualquier cosa. Él repartió las funciones entre el grupo: buscar alojamiento, llevar la bolsa de los donativos que recibían, proveer comida etc.

Y su relación con el Señor era... de aquella manera. Escuchaba sin entender. Oía sin comprender del todo, creía que sí, pero luego todo cambiaba. Pensaba que comprendía al Maestro, pero luego él daba un giro y cambiaba el punto de vista. No había forma. A Pedro le perdía su carácter: era un hombre de celo, impetuoso, entusiasta. Cándido, leal, de corazón ardiente y generoso. Brusco, amistoso, vehemente, locuaz, vacilante, débil presuntuoso, incluso violento o colérico (que se lo digan a Malco que la refriega del huerto de los olivos le costó la oreja de manos de la espada de Pedro). Pero era un hombre

¹³ Mt 16,17

¹⁴ Mt 4, 18-20

¹⁵ Jn 1, 35-42

¹⁶ Jn 1 41-42

de fe. No vacilaba en seguir ciegamente al Maestro, incluso si era necesario caminaría sobre el agua para hacerlo... aun a costa de ahogarse¹⁷.

Pedro era el más allegado al Maestro, unos de los tres discípulos íntimos que, junto con Santiago y Juan, fue testigo de la transfiguración de Jesús¹⁸, de la resurrección de la hija de Jairo¹⁹, y de la agonía de Jesús en el huerto de Getsemani²⁰. Pedro es mencionado primero entre los doce Apóstoles en los evangelios y en el libro de Hechos de los Apóstoles. En varias ocasiones Pedro habla en nombre de los demás discípulos. Jesús con frecuencia se refiere especialmente a Pedro. Fue el primero en reconocer a Jesús como el Mesías esperado. *“Y Jesús les preguntaba: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Pedro le contestó: Tú eres el Cristo, el Mesías, el Señor²¹”* Cuando Jesús cree que sus discípulos le van a abandonar, Pedro toma la palabra y en nombre de todos le dice: *“Señor ¿a dónde iremos?, solo Tú tienes palabras de vida eterna”²²*

También el Señor le reprende y lo llama Satanás cuando Pedro se crece y le dice que no es necesario que pase por la pasión²³ Pedro es enviado con Santiago y Juan a preparar el lugar de la última cena, se niega a que el señor le lave los pies y luego ante la amenaza de no tener nada que ver con él, le pide que no solo los pies, sino la cabeza.²⁴ No era hombre de medias tintas. Cuando el Señor lanza el mazazo de que esa noche será entregado, Pedro, como no, le garantiza que pelearán por Él y el Señor le predice las negaciones que Pedro, por supuesto no acepta.²⁵ Antes de que cante el gallo dos veces, me habrás negado tres. Sentencia que queda clavada en la historia de aquel hombre como una losa.

Seguimos nuestra estación de penitencia y culminamos la misma con nuestra llegada a la Catedral. El fin de nuestra peregrinación. ¡Cuántas ganas teníais de llegar a la catedral! De poder atravesar el dintel de la puerta de San Miguel con el misterio del Señor de la Paz y el glorioso palio de Nuestra Señora del Carmen en sus Misterios Dolorosos. Mucho y bien habéis trabajado para ello. Culmina la estación, pero no termina. Corremos el riesgo de pensar que está todo hecho, cuando la mitad del camino queda por recorrer aún. Hay que medir las fuerzas pues aún hay que volver al templo y no podemos dar por

¹⁷ Mt 14, 22-23

¹⁸ Lc 9, 28-36

¹⁹ Mc 5, 21-43

²⁰ Lc 22, 39-46

²¹ Mt 16, 13-23

²² Jn 6, 69-70

²³ Mt 16,23

²⁴ Jn 13,9

²⁵ Lc 22,34.

hecho con la boca, lo que el corazón o nuestras fuerzas no puedan cumplir. Hay que conocerse bien a uno mismo, ver la vida de cada uno para evitar la segunda negación porque si la primera es negar el propio ser, la segunda es negar el estar: ¿con quién estamos en nuestra existencia? ¿con quién nos sentamos a calentarnos en el fuego de la vida?

La noche era fría, abril es lo que tiene, tardes calurosas y en cuanto el sol se pone hay que resguardarse. Una candela no viene mal. El patio de los naranjos es buen lugar para ello, para reponerse, para entrar en calor.

Simón Pedro permanecía junto al fuego. Los que estaban con él le dijeron: “¿No eres tú también uno de sus discípulos? Él lo negó y dijo: No lo soy”²⁶.

La segunda negación, Pedro estaba donde no debía y le reconocieron. Le acusan también de haber estado con el Nazareno. Él lo niega ya más vehementemente. Es la segunda. La primera fue automática y espontánea, esta segunda es más pensada y determinada. Fruto del plan preconcebido de pasar desapercibido, de no hacerse notar, de estar sin estar, de ver sin ser visto o detectado. De negar cualquier relación con el Maestro. La prudencia, y ahora algo el miedo, siguen mandando.

Somos nosotros mismos. Navegando por la vida, contentando a todos y renegando muchas veces de la verdadera amistad de Cristo. Con tal de contentar a los demás, le dejamos de lado, como si no le conociéramos, como si nunca hubiéramos estado con Él. Preferimos otras compañías, renunciando a la suya.

Cuantas veces le hemos jurado a Jesús no apartarnos de su Paz y luego por miedo lo negamos tres veces consecutivas, por miedo a ser reconocidos como seguidores de Él, justo antes de que cante el gallo de nuestra traición. Pedro piensa que la mejor manera de pasar inadvertido es hacer lo que los demás hacen: se acerca al fuego, y allí se produjo la segunda negación. Pedro se coloca a plena luz ante el fuego, un poco por frío, y otro poco para aparentar naturalidad. Cuando Pedro sintió la mirada de la criada que le examinaba fijamente, desvió la vista algo asustado. Lo lógico era percibir un peligro, huir o declararse discípulo de Jesús, pero no hizo ni lo uno, ni lo otro. Y llega la negación previsible, pero imprevista.

Cuando quiso reflexionar ya estaba hecha la nueva negación. Pedro se va asustado. Se levanta del grupo, y se esconde en el pórtico que rodea el patio cuadrangular.

²⁶ Mt. 26. 71-75 Mc. 14. 69-72 Lc. 22. 58-62

Hace unas horas había jurado defenderle, hace menos tiempo había incluso tirado de espada al abrigo de la oscuridad del huerto, y ahora ya iba por dos veces que lo había negado. Nosotros no podemos juzgarle. ¿Acaso somos más fuertes que él, o más consecuentes? ¿Acaso amamos más ardientemente a Jesús que lo amaba él?

Pedro se sentó con ellos. Compartió con ellos el calor de la misma lumbre, y cuando le acusan de no ser como ellos, Pedro reniega. No se pone del lado de Jesús, que a buen seguro le habría conducido a la muerte o el castigo, sino que se pone al lado de sus captores, abrigado en el calor del fuego. De un fuego a corto plazo que quita el frío pero que no dura. Desoye la escritura: *“Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos..., ni se sienta en la reunión de los cínicos, sino que su gozo es la Ley del Señor, y medita su Ley día y noche²⁷”*

Pedro se rindió ante una criada de la casa del Pontífice. Nosotros, hombres y mujeres libres y maduros, que viven en el mundo de hoy, ¿ante qué o ante quién nos rendimos?

Llega el momento de contemplar a Nuestro Padre Jesús de la Paz discurriendo por las naves catedralicias. El Señor miró a Pedro tras su última negación y éste lloró amargamente. No hacía falta decir nada. La sentencia del cenáculo resonó en su cabeza: *“Antes de que cante el gallo dos veces, me habrás negado tres²⁸”* Pero Jesús de la Paz no obra como lo haríamos nosotros. Tras las negaciones es presumible que Maestro y discípulo no volvieron a verse. A lo mejor camino del calvario, pero entre la muchedumbre, la cara demacrada del Señor a duras penas le reconocería entre la multitud vociferante. Tras la negación, lo suyo sería no tener nada más que ver con él. Pero el Señor salva. Y perdona. En el primer día tras la resurrección, de entre los apóstoles, Jesús se apareció en primer término a Simón Pedro. Posteriormente Jesús se aparecería a Pedro y al resto de los apóstoles. Y le redime de sus negaciones. Una mañana, en el lago de Tiberíades, como aquel primer día de su llamada, el Señor dirigiéndose a Pedro le hace reafirmar tres veces su amor por Él *¿me quieres más que estos? Señor, tú sabes que te quiero²⁹*, encargándole la tarea de ser pastor de sus ovejas y apacentar sus corderos.

Estas manos que se calientan al fuego, esta cabeza gacha que niega a su Señor, a su Maestro, a su mejor amigo, este hombre temeroso y avergonzado,

²⁷ Sal 1,1-2

²⁸ Mt 26,34

²⁹ Jn 21, 15-19

es el apoyo de Jesús. Este hombre es el instrumento de Dios para fundar su Iglesia. Jesús ha contado con él desde el principio. Aun sabiendo que iba a negarle. Vuestro paso de misterio canta a los cuatro vientos una verdad hermosa: no caigamos en la desesperación cuando nos equivoquemos. Siempre podremos levantarnos agarrando esa mano blanca del Rey de la Paz que se nos tiende para empezar de nuevo.

Nuestro Señor con su vestidura blanca, como la parte superior del escudo de los carmelitas, blanco de pureza de sus pensamientos y deseos, junto con la pureza del cuerpo, según lo preceptuó el Apóstol Pablo al decir: *“purifiquémonos de cuanto mancha la carne y el espíritu perfeccionando nuestra santificación con el temor de Dios, porque no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santidad”*³⁰.

La negación del estar. Estamos en Hermandad, caminamos juntos tras el Señor de la Paz, aquel que se nos profetizó: “

¡Qué hermosos son, sobre los montes,
los pies del que trae buenas nuevas;
del que proclama la paz,
del que anuncia buenas noticias,
del que proclama la salvación,
del que dice a Sión: «Tu Dios reina»!³¹

Aquel Dios que reina, el señor de la Paz, el de la mirada bondadosa y de misericordia, de perdón, de vida, de comenzar de nuevo. El que no tiene en cuenta las faltas y pecados, sino las veces que nos levantamos y vamos tras Él. El que perdona hasta setenta veces siete, el buen padre que sale día tras día al borde del camino para ser el primero en vernos regresar y correr a nuestro encuentro. El que tras quitarnos el capirote de nuestra estación de penitencia nos recibe con su mirada compasiva y sus manos extendidas en un abrazo eterno de Paz.

Porque como dice la santa carmelita de nuestro tiempo:

“Yo me sé sostenida, y este sostén me da calma y seguridad. Ciertamente no es la confianza segura de sí misma del hombre que, con su propia fuerza, se mantiene de pie sobre un suelo firme, sino la seguridad suave y alegre del niño que reposa sobre un brazo fuerte; es decir, una seguridad que, vista objetivamente, no es menos razonable. En efecto, el niño que viviera

³⁰ 2 Cor 7,1

³¹ Is 52,7

constantemente en la angustia de que su madre le dejara caer, ¿sería razonable?”³²

“Fue mi primer encuentro con la Cruz y el poder divino que concede a quien lo lleva. Por primera vez, estaba viendo con mis ojos la Iglesia, nacida de los sufrimientos de su Redentor, triunfante sobre el aguijón de la muerte. Fue el momento en que mi incredulidad se derrumbó y Cristo brilló hacia adelante...”³³.

“Si reina la paz en tu corazón, entonces esa paz vendrá también al mundo”³⁴.



3.- LA TERCERA NEGACIÓN DE PEDRO

³² Edith Stein, Santa Teresa Benedicta de la Cruz “Ser infinito y ser eterno”.

³³ Edith Stein, Santa Teresa Benedicta de la Cruz. “La mujer anónima”

³⁴ Edith Stein, Santa Teresa Benedicta de la Cruz

Uno de los servidores del Sumo Sacerdote, pariente de aquel al que Pedro había cortado la oreja, insistió: *¿Acaso no te ví con él en la huerta? Pedro volvió a negarlo, y en seguida cantó el gallo*³⁵.

La tercera negación: Verdaderamente, tú también eres de ellos, pues hasta tu habla te descubre. En ese momento, Pedro cae en la cuenta de que el Maestro, una vez más, tenía razón. Para colmo trasladan al Señor y se produce un cruce de miradas, bueno más bien es un momento fugaz. Pedro no es capaz de sostenerle la mirada a Jesús. El Maestro sí, pero ya era tarde, las negaciones estaban consumadas. Pedro sale avergonzado y cuentan los evangelios que lloró amargamente.

Seguramente el Señor, mientras era trasladado por el patio escuchó las imprecaciones y juramentos de Pedro en su última negativa, y lo miró. Manos atadas, llevado a empujones, y mirada de compasión. La ventaja estaba en que Pedro se dejó mirar. No era como la mirada de Judas, una mirada ya perdida entre la codicia y el desencanto, una mirada ya irrecuperable. La mirada de Pedro era franca, sabía que se había equivocado, como tantas y tantas veces. Por eso salió a llorar, porque entendía perfectamente que había fallado y el Señor no. Esa mirada salvífica es la que buscamos en el Señor, que nos mire como a Pedro, que nos entienda y nos brinde su mano y su perdón. Esa mirada de acogida, ardiente, de calor humano, de amor sobre todas las cosas, de afecto, de encuentro, como solo sabe mirar una madre. Dejémonos mirar como hijos por una madre y encontraremos la mirada compasiva de Dios.

La tercera negativa carece de subterfugios; no es la evasiva de la primera cuando aduce no ser amigo o discípulo, tampoco es la segunda que alega no conocer o no entender ya con juramento incluido. Esta vez, está llena de maldiciones y perjurios. Pedro llora sobre su pecado. Sobre su suficiencia, sobre la presunción de que solo podría hacer frente a todo cuando ello no es así. Su pecado es de debilidad. Él tiene muy claro su amor por Cristo, pero, el respeto humano y el miedo le han vencido. Acude tras el Señor por amor, preocupado por su situación, viendo si puede librarse de alguna forma y cae en su propia trampa. Estaba fuera de sí cuando negó al Señor por eso, cuando vuelve en sí, la amargura inunda su corazón.

³⁵ Jn 18, 26-27

Lo importante es que Pedro no cae en la cuarta negación. La tentación reside en que, una vez consumado el pecado, caigamos en la desesperación. Judas también se arrepintió de su traición y reconoció que había entregado sangre inocente, pero desesperó y se ahorcó. Pedro podría haber seguido el mismo camino, pero confió. Probablemente aquella mirada de Cristo le salvó. Sin decir, Jesús le dijo todo, y Pedro comprendió, su pecado y el camino de la redención. Mirada de Paz, no de reproche. Quienes compartamos la mirada de la Paz de Cristo, seremos revestidos de su escapulario bendito, para que, junto a los méritos de nuestra Madre del Carmen, nos ayude a vivir sin mancha de pecado nos proteja de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

Pedro, amargado, no sabía bien dónde ir. Deambulaba por la calle desnortado, sin rumbo y con una carga superior a la que podría soportar. Y lo peor estaba por venir: encontrarse frente a frente con la Virgen María.

Vuelve la cofradía, ganando las primeras sombras de la noche camino de la calle Feria. Con la oscuridad el paso de palio es una ascua de luz refulgente, que irradia claridad allá por donde pasa. La cruz alzada al modo de la Cruz de los Carboneros, también conocida como Cruz del garfio, que refulge en la penumbra; el Simpecado con las Maravillas de María que enseña su barrio, el guion carmelita y el estandarte. Todo en honor a la madre haciendo verdad y cofradía vuestro lema "*A Jesús por María*³⁶" en atención a la piadosa creencia de que Nuestra Madre la Virgen, asociada por su Divino Hijo a la obra redentora del linaje humano, fue constituida como medianera entre Cristo y los hombres y dispensadora de sus gracias.

Ojalá pudiéramos ser acusados, como Pedro, de hablar como Jesús. Que nuestro hablar nos delatara, que nuestras actitudes gritaran por nosotros que somos cristianos. Que siguiéramos las actitudes de María, su bendita madre, como guía de nuestra vida, como estandarte de nuestra fe. En este barrio lo entendieron bien y se consagraron a las Maravillas de María, de feliz rescate por vuestra parte. Es la devoción popular de este barrio, de sus gentes sencillas que entendían en la Virgen la llave para la eternidad.

Y junto a esta devoción, nos ha florecido en la viña de Feria, la flor del Carmelo, madre de Dolores, Carmen de nuestras almas, estrella carmelita de Miércoles Santo. Maternidad doliente de la blancura infinita de unas manos atadas que, tras la traición, proclaman Paz a los hombres. Paz a vosotros. Mi paz os dejo, mi paz os doy.

³⁶ Regla V de la Hermandad

Porque la Virgen sale cada Miércoles Santo, no solo detrás del hijo, traicionado por los suyos, sino en busca de sus hijos desperdigados y ausentes. Y este miércoles de ausencias y faltas también sigue en busca. No se queda en su jardín, en su Al-karem de Feria al resguardo de la seguridad de estos muros, sino que sale al encuentro. Se olvida de ella misma y sale en pos del Hijo. Porque María nunca conservó, siempre arriesgó. Desde ese primer Hágase en mí, su vida fue salir de ella misma y darse a los demás. La madre del mesías salió a buscar a su prima Isabel, anciana de embarazo milagroso, para ayudar, para hacerse presente. No se guardó al Señor para ella, sino que salió a buscar a quien lo necesitaba. Por eso Carmen, Carmelo, viña de Dios que dio el fruto más dulce y mejor de la creación, nuestra salvación. Y vino de ella, de su valentía, de su arrojo, de su abandonarse a Dios de verdad.

Ella es la estrella que guía nuestra singladura, timón y guía, vela y aparejo, motor y ancla. Una de las tres estrellas de vuestro escudo invencible: el Señor de la Paz, la Virgen del Carmen y las Maravillas de María.

Por eso aquí estamos. Con lo que somos, con nuestras dudas e inconstancias. Aquí estamos contigo Madre. Acompañándote en esta vuelta a tu casa de tu estación penitencial. Sosteniendo tu aflicción y tu amargura. ¿Dónde quedaron las promesas de gloria eterna y triunfo? ¿Se ha olvidado Dios de sus promesas?

“¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo”³⁷ Silencio, nada pasa. ¿Dónde estás ángel? Aún oigo tus palabras en mis oídos: “Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; él será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin”³⁸

O las palabras de tu prima *“¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!”³⁹*

Nada, silencio, vacío, no hay respuesta. Esas voces parecen fantasmas del pasado. Ecos lejanos de unas promesas que nunca parecían llegar. La soledad y su vieja amiga, la duda reinan en las tinieblas de este miércoles de ausencias, de fracaso y muerte. Por eso estamos contigo aquí, Madre, un Miércoles Santo más, el día en que todo está por comenzar. Para el que cree, siempre todo está por comenzar.

³⁷ Lc 1, 28

³⁸ Lc 1, 31-33

³⁹ Lc 1, 45

Ha llegado esa temida espada profetizada por aquel anciano que al ver a tu hijo, entre tus brazos, en vuestra primera visita al templo, pidió a Dios que lo dejara marchar porque habían visto sus ojos la salvación, “...*la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel*”.⁴⁰ Tras ese piropo vino la maldición hoy cumplida: “*Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción - ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma! - a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.*”⁴¹

Estaba su madre, siempre pendiente, siempre atenta, con una especial intuición para detectar la necesidad. Como en aquella boda. Lo dice literalmente el Evangelio: “*Y la madre de Jesús estaba allí*”⁴². Cantaban todos los invitados en la fiesta en un corral de la calle Feria, las flores exhalaban sus mejores aromas mientras vestían de colores la fiesta. Las viandas, sencillas pero dignas, subrayaban la celebración y la alegría. Ni de invitada deja de estar atenta. María lo ve. Patrona de los apurados. Se viene la necesidad, la mirada al Hijo, confianza ciega pese al desdén de la respuesta que recibe. Y primer mandamiento cristiano de la historia, rotundo, claro y nítido. Con una fuerza nacida desde la fe: “*Haced lo que Él os diga*”.⁴³

Pocas palabras tuyas nos han llegado madre, pero estas traspasan el tiempo cual certero rayo de Fe y confianza. A lo largo de los siglos resuenan en el corazón del hombre esas mismas palabras como farol de cruz de guía que alumbraba el camino de nuestra salvación: *haced lo que Él os diga*. No fueron tanto esas palabras como tu confianza ciega las que movieron a esos servidores a obedecer. Y siguió la fiesta, mejorada con el vino de tu Hijo, como seguirían mejoradas luego nuestras vidas, que no serán iguales una vez que probamos el vino de la salvación.

Pedro salió afuera a llorar. Es bueno llorar y lo haremos con María. Y es bueno llorar por nosotros mismos, porque es la única forma de dejarnos mirar por Cristo de una forma real y humilde. De dejarnos consolar por la madre de Dolores, la que conoció el llanto y la pena, la que es como nosotros. A la que nos amparamos e invocamos. La que nos presta protección ante galernas y tormentas.

Como le reza toda la cristiandad en su novena: “*Santísima Virgen del Monte Carmelo – Se nuestra esperanza constante. María, perfecta discípula del*

⁴⁰ Lc. 2, 29-32

⁴¹ Lc 2, 34-35

⁴² Jn 2,11

⁴³ Jn 10, 1-12

Señor – Haznos también fiel a Él. María, Flor del Carmelo – Llénanos de Tu alegría. Virgen María, belleza del Carmelo – Sonríe sobre nuestra familia Dulce Madre del Carmelo – Acéptame como tu hijo. Santo, Madre incomparable – Recuerda a tus hijos para siempre. Santa Virgen, Estrella del Mar – Sé nuestro faro de luz Velo de Protección – Refúgianos en el manto de tu amor. María, sin pecado concebida – Ruega por nosotros que recurrimos a ti”.

“Flor del Carmelo. Viña florida. Esplendor del cielo. Virgen fecunda singular. Madre tierna. Intacta de hombre. A todos tus hijos, proteja tu nombre ¡Estrella del mar!⁴⁴”

Termina nuestra estación de penitencia. Los zancos del misterio reposan ya en la en la parroquia. Nuestra Señora del Carmen en sus misterios dolorosos sale de la estrechez de Feria e irrumpe en la plaza expectante, noche cerrada, corazones encendidos. Primera revirá para embocar el cancelín, suena Mi Amargura o Siempre Esperanza, qué más da. El palio se acerca a la puerta y empieza muy, muy lentamente a volverse hacia los presentes. La ascua de luz vuelve a iluminar la plaza con la claridad de un nuevo día que amanece para los hermanos del Carmen, les amanece su Virgen y comienza un nuevo año que culminará, de nuevo, con otro Miércoles Santo. La Virgen, por fin, cara al pueblo, como no queriendo dejarlo, qué digo, no queriendo dejarlo, avanza parsimoniosamente bajo la ojiva mientras suena Stella Omnium Sanctorum. Y se hace realidad ese sueño que muchos de vosotros tuvisteis y que hoy es una feliz realidad: el Carmen, en sus Misterios Dolorosos, en la tarde del Miércoles Santo de la Semana Santa de Sevilla, ha repartido por toda la ciudad, alegría, fuerza, coraje y mucha, mucha fe, siempre de la mano de la Virgen María y bajo la mirada compasiva de Nuestro Padre Jesús de la Paz.

Para los Pedros del mundo, los que negamos día a día muchas veces a Nuestro Señor, siempre nos quedará su mirada y el manto de su divina Madre, para poder refugiarnos y comenzar de nuevo. Este año también, en esta estación de penitencia distinta, de ausencia e íntima, también. Siempre nos quedará Ella. Siempre María, flor del Carmelo.

Estaba la madre, estaba
siempre sin falta a su lado
del pesebre a condenado,
estaba su madre, estaba.
La que de Dios se hizo esclava

⁴⁴ Novena a Nuestra Señora del Carmen

sufre esa cruz redentora,
y una pena es la que aflora
esta amarga primavera,
soledad de calavera
que desgarrar su alma y llora.
Virgen Madre protectora
dolor de Carmelo ardiente
viña en sazón floreciente
Madre de Dios, bienhechora.

Amén.

